

Don Agustín

MANUEL GONZÁLEZ SOSA

1

Para mí, un hombre de la quinta del 42, hasta ese año vecino permanente de una población del interior de Gran Canaria, don Agustín fue al principio sólo un nombre connotativo de un prestigio difuso. Luego, el contorno de un rostro dibujado por su hermano Juan, y el autor del texto de una conferencia sobre el hombre canario pronunciada en Buenos Aires en 1924 que pude leer, en los primeros años de la posguerra, en un opúsculo editado en Tenerife. Más tarde, el conocimiento de su exilio vino a coincidir con la reproducción en la prensa local de un viejo retrato suyo y con las noticias numerosas y detalladas acerca de su quehacer en cátedras de España y de América y en tareas de investigación impulsadas sin descanso por una diversidad de intereses eruditos. Como era natural, la imagen que todo ello fue precipitando en mi imaginación acabó por hacerme ver en la forzosa ausencia del personaje un agravio inicuo inferido a esta tierra, y no solamente a esta pequeña tierra.

Pasado un par de lustros, un día los periódicos de Las Palmas dieron cuenta, casi por sorpresa, de la llegada de nuestro hombre. A pesar de que ya estaba entre nosotros, entonces su figura siguió siendo para mí sólo un trasunto: todavía una apariencia fotográfica, si bien ahora más atendida sin duda a la realidad física que el tiempo había ido sazonzando y perfilando. En su segunda o tercera venida ya tuve ocasión de conocerlo personalmente, siempre a cierta distancia, gracias a amigos de la calidad de Manolo Hernández Suárez, Luis Jorge Ramírez y Agustín Millares Sall. Sus arribadas posteriores y, sobre todo, su reincorporación definitiva a la isla hicieron posible que mi trato con él, nunca asiduo ni estrecho, diera paso a una buena relación amistosa. Algunas veces, en compañía de otros, de camino hacia el Museo Canario hice estación

con él en el penumbroso barcito de la calle Reloj para acompañarle a tomar café, y siempre, en estos y otros encuentros más o menos esporádicos, nunca faltó por su parte el gesto risueño, las palabras afectuosas y la mano inmediatamente entregada en cálido saludo. Cuando tuve necesidad de localizar en la Biblioteca Nacional una obra del Vizconde de Buen Paso inhallable en otro sitio, él le facilitó el trámite a mi inexperiencia por medio de unas letras ofrecidas espontáneamente y que me sirvieron de poderoso talismán para que mi gestión quedara consumada con éxito en un tiempo brevísimo. La sola exhibición de su tarjeta provocaba, a la vez que la inmediata disponibilidad de funcionarios principales, una estela de gratos recuerdos con los que algunos de ellos evocaban añorantes el magisterio del antiguo profesor.

En uno de sus regresos a Venezuela tuve la suerte de coincidir con él en el avión y de disfrutar bastante tiempo de su palabra siempre amena y jugosa. En Caracas, antes y después, en tertulias habidas en el hogar de Sarito Doreste y Juan Jaén pude palpar la cariñosa devoción que don Agustín había inspirado en la colonia isleña de aquella ciudad. Todos los presentes se hacían lenguas de su afabilidad y su gracejo, e igualmente de aquella aptitud suya para, sin velar su personalidad, encontrarse a gusto y perfectamente a tono en cualquier tipo de reunión, fueran quienes fueran sus integrantes. Y a la hora de recordar convites gastronómicos era inevitable la mención del entusiasmo contagioso que exteriorizaba nuestro paisano mientras le hacía los honores a viandas y golosinas de solera canaria. Hasta en este particular evidenciaba su apego al terruño; un apego ni chovinista ni excluyente, sino abierto y expansivo, abarcador de toda la realidad española esencial, pese a los infortunios que le acarrearan avatares todavía inolvidados de la historia de nuestra patria.

Naturalmente, el fin de la expatriación no supuso para don Agustín el acabamiento de las penalidades. Aquí también tuvo que padecer algunas, aunque por fortuna sin la carga de amarguras que motivaron las vicisitudes derivadas de la guerra civil y la emigración. Pero sospecho que su vuelta definitiva a la isla le dio ocasión para gozar de repetidos momentos de dicha. Entre los suyos, con los viejos amigos aquí reencontrados, en los solaces circunstanciales de Agaete y La Laja, con tanta gente joven o madura que en seguida se aficionó a él, y, desde luego, como era irremediable en su caso, entregado en cuerpo y alma no sólo a actividades vocacionales y profesionales. Uno de mis recuerdos de don Agustín, como espectador cercano, me lo presenta justamente cuando saboreaba una experiencia gustosa. Fue en la playa de Las Canteras, en las primeras horas de una espléndida tarde veraniega. Caminaba desde frente a la Peña de la Vieja en la dirección del Balneario, acompañado de un buen número de jóvenes, en su mayoría muchachas universitarias o en camino de serlo. Todos exultaban riendo y charlando, pero eran los ojos de don Agustín los que más chisporroteaban de contento. Sin duda, aquel regocijo compartido en

un ambiente tan estimulante lo compensaba en alguna medida de las desventajas de otro tiempo.

Al lado de su campechanía y su encanto personal ya es un lugar común recordar su extraordinaria capacidad de trabajo. Imaginarlo ajeno a la marcha de una ocupación laboriosa era un ejercicio mental quimérico; y verlo afanado en el Museo, en la cacharrería de Pepito Naranjo o en la biblioteca interior, un espectáculo que causaba a un tiempo admiración y un sentimiento de culpa, pues su ejemplo, sin pretenderlo él, se imponía como un reproche a la laxitud de las dedicaciones de otros. En el Museo y donde fuera permanecía horas y horas embebido gustosamente en la tarea que tenía entre manos, y si era interrumpido por alguien jamás se detenía dando muestras de contrariedad. Quien llegaba hasta él, con propósito de consulta o simplemente para intercambiar un saludo, hallaba en todo momento una acogida propicia y efusiva.

Ahora, mientras termino estas líneas, advierto que las visiones que pude ir cosechando cuando lo veía abstraído en su labor se me funden en dos imágenes exentas que van creciendo poco a poco hasta alcanzar las dimensiones de un primer plano cinematográfico. El vaivén de la mano empuñadora del lápiz o el bolígrafo, y la oscilación de la mirada, yendo y viniendo del libro o el documento escrutados a la hoja que recibe el flujo de la escritura intermitente...

2

Un día, años después de la desaparición de don Agustín, me encontré ojeando a saltos las *Memorias de un dictador* de Giménez Caballero. La caracterización de mi lectura queda así bien precisada: ojeo a saltos. Porque ningún texto del inefable don Ernesto podía esperar de quien sabe quién fue una atención ávida y prolongada. Por lo que dice y por cómo lo dice. “El malabarismo lingüístico —escribió Moreno Villa precisamente a propósito del Robinsón *mussoliniano*— (es un) juego peligroso porque acaba afectando a lo fundamental, a las ideas.”

En una página de las *Memorias de un dictador* surgen, de pronto, el nombre de don Agustín y su semblanza quintaesenciada: “Divertidísimo el conde de Las Navas con su Paleografía, salpicada de chistes, y que un día nos dejó la asignatura para que la continuara el jovial e infatigable Agustín Millares.” Hay que reconocer que don Ernesto dio en la diana con los adjetivos.

Cordialidad risueña; laboriosidad placentera o por lo menos no condenada ante los demás con el gesto ceñudo o la quejumbre. ¿Quién dijo que el sabio empeñoso y prolífico ha de ser por fuerza un sujeto esquivo y distante y desabrido?

El mismo José Moreno Villa, en su *Vida en claro*, evoca la acogedora bonhomía de don Agustín. E igualmente Julio Caro Baroja, quien en sus sustanciosas “memorias familiares” (*Los Baroja*) recuerda por dos veces a nuestro paisano: “Después (de don Vicente García de Diego), aún tuve a un maestro sabio y amable, don Agustín Millares... En la biblioteca (del Ateneo) los estudiantes de letras veíamos a don Eduardo Ibarra, a don Agustín Millares, a don Pedro Urbano González de la Calle, todos de una corrección proverbial”.

Por cierto que entre los habituales de entonces al Ateneo —años 30— el sobrino de don Pío rememora también a otros canarios cuya conducta, por fortuna, no desdecía de la de don Agustín, en quien la afectuosa discreción y el rigor profesional no estorbaban la práctica de un jocundo y saludable vitalismo. Aunque —dice Caro Baroja— “había un canario loco que se llamaba Peñate y que atronaba la casa con sus discursos enfáticos a un pobre señor. . . “

Porque al parecer siempre habrá por allá alguna cabeza tronada que empañe la imagen surgida del comportamiento de los insulanos juiciosos.